

„tar al último de vuestros vasallos; instadle á que os diga,
„que es lo que verdaderamente no ama sino á sus iguales, y
„que aborrece á sus amos (a).”

Consecuencias de estas instrucciones y de su combinacion.

De este modo, tomando sucesivamente todos los tonos, desde el de la sátira, folletos, romances, sistemas, y pasajes trágicos, hasta el de las declamaciones del entusiasmo, de los furores, y de los bramidos, la escuela de Voltaire y de Montesquieu, tan bien retratada por Condorcet, llegó al cabo de inundar, no solo la Francia, sino toda la Europa, de aquellas producciones cuyo efecto natural debia ser borrar de la tierra la memoria de todos los reyes. Para hacer sensible la intencion y convenio de los sofistas, no debe olvidar el historiador la caverna, de donde salian todas estas producciones; el arte y los hombres de que se valieron para propagarlas, desde los palacios hasta las cabañas; y acordándose de la sociedad secreta de Holbach en París, verá, que de allí salian las multiplicadas ediciones, que se extendian por todas las ciudades; que valiéndose de sus buhoneros las derramaban en los pueblos; que la oficina de educacion, y los maestros iniciados que nombraba d'Alembert, las introducian en las familias acomodadas; y por medio de sus maestros de escuela de los pueblos las introducian entre los artesanos y labradores (b). Observe el historiador, que entre los varios giros de esta conjuracion, están acordes los principios, los sentimientos y los oidos; y sobre todo no se olvide de que estos mismos escritores, que han disparado tantos tiros de ódio contra los reyes, son al mismo tiempo los enemigos mas escarnizados de la religion. Y si en esta escuela de toda impiedad, que se ha hecho la escuela de toda rebelion, no descubre la conspiracion que los mismos sofistas han tramado contra los tronos, tan manifiesta en sus consecuencias contra el altar; si la misma evidencia de esta conspiracion podia de algun modo causar alguna duda sobre la realidad, no reusaré responder á los escri-

(a) El mismo pág. 7 y 8.

(b) Vease en el primer tomo de estas Memorias el cap. 17.

pulos y dudas que tenga y me oponga el historiador, pues las mismas objeciones, bien analizadas, son nuevas pruebas de la conjuracion.

Nuevas pruebas sacadas de las objeciones.

Ya sé, que se me puede decir, que aquí mis pruebas ya no son de la misma naturaleza que aquellas, que en gran parte he sacado de la misma correspondencia de los conjurados entre sí. A esto respondo, que si en esto hubiese algo de admirable, es cierto que no seria, porque las cartas de los conjurados que se han publicado, no traten de esta conjuracion contra los reyes: por el contrario, lo que causa mas admiracion es, que nos suministren tantos documentos contra los mismos conjurados. Lo mas admirable y singular está en que los editores de aquellas cartas hayan tenido atrevimiento para manifestarnos á Voltaire que conjura á d'Alembert para que no manifieste su secreto sobre los reyes; á Voltaire que anhelaba por las repúblicas; á Voltaire que se aflige de que se vayan de París aquellos iniciados que predicaban en esta capital el nuevo catecismo de la libertad republicana; á Voltaire que merece todo los elogios de d'Alembert por el arte con que combatia á los reyes, pretendidos déspotas, y preparaba las revoluciones y sus uracanes; y á Voltaire que sentia mucho que estuviesen tan distantes, que no pudiese ser testigo de ellas. Esta misma correspondencia nos ha manifestado á d'Alembert, que en el secreto de sus confianzas, se desespera porque tiene atadas las manos, no puede descargar los mismo golpes que Voltaire sobre los pretendidos déspotas, y que auxilia y coopera á los designios de Voltaire en esta guerra. Quando Condorcet, y demas editores en 1875 publicaron estas cartas, aun estaba sobre el trono Luis XVI; la revolucion estaba aun distante; habia motivos de temer que no se manifestasen las maquinaciones, y con esto facilmente se descubre el motivo que hubo para suprimir muchas cartas. Es preciso que Condorcet y los demas editores iniciados ya confiasen mucho en el buen éxito de su conspiracion, pues no las omitieron todas. Quando en la correspondencia entre los conjurados se pasase

en silencio su conspiracion contra los reyes, ¿podria dudarse de ella despues de la declaracion de Condorcet y de tantos otros iniciados? ¿Bastaria este silencio para creer, que no se valieron de los mismos artificios, calumnias, y medios contra el trono que contra el altar, principalmente quando en las mismas producciones de la secta se manifiesta con la mayor evidencia su comun proyecto de derribarlos á ambos?

La conjuracion denunciada por los magistrados.

Pero habrá quien diga: si era tan evidente este proyecto ¿como los magistrados guardaron tanto silencio? ¿Como los conjurados pudieron evitar la severidad de las leyes? Bastaria para respuesta é estas preguntas recordar aquel precepto, que tan estrechamente observaron los conjurados: *Herid, pero esconded la mano.* Bastaria tambien esta declaracion de Condorcet, quien despues de haber expuesto con tanta claridad aquella doble conspiracion, los trabajos y convenio de los filósofos para destruir los tronos y altares, tuvo cuidado de añadir: que los *chefes de estos filósofos siempre tuvieron arte para evitar la venganza, no exponiendose al odio; ocultándose á la persecucion al mismo tiempo que se manifestaban lo bastante para no perder nada de su gloria (c).* Pero ¿y es verdad que los magistrados guardasen silencio? Pudieron los conjurados ocultarla á los tribunales: pero no por eso la ignoraban los magistrados, y esto lo demuestran las denunciaciones mas jurídicas, las que añaden nueva fuerza á nuestras demostraciones. Si el historiador necesita de esta especie de pruebas, escogeré las que nos suministra uno de los magistrados mas célebres. Escuchemos á Mr. Séguier abogado general, quando en 18 Agosto de 1770 denunció esta conjuracion de los filósofos al primer parlamento del reyno.

„ Despues de la extirpacion de las heregías que han alterado la paz de la iglesia, se ha visto salir de las tinieblas un sistema aun mas nocivo por sus consecuencias, que aquellos antiguos errores; que siempre se disiparon á pro-

(c) Esquisse des progrès &c. èpoq. 9.

„ porcion que se reproducian. *Se levanta en medio de nosotros una secta impia y audáz, que ha decorado su falsa sabiduria con el nombre de filosofía.* Baxo este título respetable ha pretendido poseer todos los conocimientos. Sus partidarios se han erigido en maestros del género humano. *Libertad de pensar; he ahí su grito, y grito que se hace oír desde uno hasta el otro extremo del mundo. Con una mano han intentado hacer balancear el trono, y con la otra han pretendido derribar los altares.* Su objeto es apagar la creencia y que los espíritus tomen otro curso sobre las *instituciones religiosas y civiles.* La revolucion, para decirlo así ya está hecha; los prosélitos se van multiplicado, y sus máximas se han esparcido. *Los reynos han visto bambolear sus antiguos fundamentos;* y las naciones asombradas de ver á sus príncipes anonadados se han preguntado, ¿por qué fatalidad se han vuelto tan diferentes á sí mismas? Los que se hallaban con mejor disposicion para ilustrar á sus contemporáneos, se han puesto al frente de los incrédulos; *han desplegado el estandarte del tumulto,* y por aquel espíritu de independencia han pensado aumentar su celebridad. Una multitud de escritores oscuros que no podian sobresalir por el esplendor de sus limitados talentos se han dexado ver con la misma audacia. . . . En fin; la religion cuenta en el dia casi con tantos enemigos declarados, quantos son los pretendidos filósofos, que tanto blasonan de *sábios ilustrados.* *Debe temblar el gobierno si tolera en su seno una secta feroz de incrédulos, que parece que solo intenta sublevar los pueblos baxo pretexto de ilustrarlos (d)."*

Esta denunciacion formal de la doble conspiracion de los sofistas estaba apoyada sobre el cuidado que estos tenian de propagar sus principios, igualmente impíos que regicidas, en una multitud de producciones diarias, y en particular estaba apoyada sobre las que el elocuente magistrado presentó á la córte, como que merecian mas especialmente ser proscritas. Entre estas producciones habia principalmente un escrito de Voltai-

(d) Réquisit. du 8 Aout 1770.

re, presidente entonces honorario del club secreto de Holbach. Era este uno de los mas impíos que tenia por título: *Dios y los hombres*. El segundo de estos escritos habia salido de la pluma de aquel Damilaville, iniciado tan zeloso del mismo club, y tenia por título: *El cristianismo sin máscara*. Era el tercero aquel pretendido *exâmen crítico*, que el secretario Leroy declaró que habia salido del mismo club, baxo el nombre supuesto de *Freret*. El quarto era, en fin, aquel famoso *Sistema de la naturaleza*, que compuso Diderot y dos iniciados mas de la misma sociedad secreta. Tan cierto es, que todo el veneno de la impiedad y rebelion, que ha inficionado á casi toda la Europa, salió de aquella caverna de los conjurados. A mas de estos habia algunos otros traducidos del inglés, y que eran precisamente aquellos cuya impiedad desagradaba á los ingleses, pero que á Voltaire y al club parecian admirables.

„ Reuniendo todas estas producciones (continuaba el magistrado orador) se puede formar un cuerpo de doctrina corrompida cuyo agregado *prueba invenciblemente*, que el objeto que se han propuesto no es solamente destruir la religion cristiana. . . . La impiedad no limita sus proyectos de inovacion á dominar sobre los espíritus; . . . su genio inquieto, emprendedor y enemigo de toda dependencia, aspira á trastornar todas las constituciones políticas, y sus votos no se cumplirán . . . hasta que haya destruido aquella desigualdad necesaria de clases y condiciones; hasta que haya envilecido la magestad de los reyes, haya hecho precaria su autoridad y subordinada á los caprichos de una multitud ciega; y hasta que en fin, que con el favor de estas extrañas mudanzas habrá precipitado al mundo entero en la anarquía, y en todos los males, que le son inseparables.”

A estas denuncias formales y positivas, hechas de parte del magistrado publico, podria yo añadir las que no cesaba de hacer el clero de Francia en sus asambleas, muchos Obispos en sus instrucciones particulares, la Sorbona y casi todos los autores y oradores religiosos, en sus conclusiones, y refutaciones de los sofistas del dia, y desde la cátedra del Es-

píritu Santo. En vano se diria, que esta clase de testimonios, salen de la boca de un contrario, que quiere sostener su causa por la de los reyes; porque á lo menos se debe oír este contrario quando habla en favor vuestro, como suyo, y quando se presenta con pruebas. Seria extrema la imprudencia no quererle escuchar y atender quando os dice: *Os habeis unido á los que intentan perderme: pero sabed, que tan enemigos vuestros son, como míos; sabed que no han conspirado contra mí, sino para asegurarse del éxito de lo que maquinan contra vos (e)*. Quando el clero hablaba de este modo á los reyes, era muy fácil averiguar si era solo el interés que lo animaba, ó si era la verdad. No se necesitaba mas que exâminar ligeramente las pruebas que producía de una conspiracion, que con tanta evidencia se dirigia contra el trono, como contra el altar. Estas pruebas las suministraban las mismas producciones de la secta. En estas las sátiras, los sarcasmos, las calumnias contra los reyes y las exórtaciones que se dirigian á los pueblos para sacudir su yugo, se hallan al lado de lo que inspiraba en el pueblo para borrar en él todo amor y respeto á la religion. Se describía con toda evidencia, que todas estas producciones eran de los mismos sugetos, de la misma junta de autores y de los mismos conjurados: eran pues tambien los mismos sofistas, que manifestaba el clero, y que éste tenia un verdadero derecho para representar que iban armados con dos teas incendiarias, una para pegar fuego á los templos, y la otra para reducir á cenizas los tronos, y tal vez los hubo que conspiraron con mas furor contra los reyes, que contra el sacerdocio. Vea el lector y combine las instrucciones de los sofistas, que habemos producido, su convenio, constancia, artificio ó audacia de los que las dieron, y diga, si lejos de haber excluido los tronos de la ruina con que

(e) Veanse en particular las Actas de las asambleas del clero, año 1770. Cartas pastorales del Sr. de Beaumont Arzobispo de Paris. Sermones de Neuville, y los escritos del Abate Bergier &c.

amenazaban, no es evidente que su resolucion de derribar los tronos llegó á ser el principal objeto de sus maquinaciones, y que miraban la religion cristiana como el primer baluarte que habian de destruir, para poder asaltar, sin estorbo el trono de los reyes.

Testimonio del rey de Prusia.

Pero quiero convenir en que se deseche como sospechoso aquel testimonio del clero, ya que así se quiere, aunque ya no estamos en tiempo que se pueda decir que era falso. ¿ Quien recusará el de un hombre que ciertamente tenia mucho interés en no desacreditar la secta? He oido hacer esta pregunta: Si es verdad que los sofistas conspiraban contra los reyes, ¿ como es posible que el rey sofista y aliado con los sofistas; como es posible que Federico, conspirando con ellos contra Jesu-Cristo, pudiese engañarse hasta tal punto, y permanecer por tanto tiempo confederado con unos hombres enemigos de su trono y de todos los tronos? Válgase el historidor de esta objecion para corroborar sus pruebas. El mismo Federico, este iniciado tan querido de los sofistas de la impiedad, será el que nos dará á conocer sus maestros como sofistas de toda rebelion. Quanto mas perseveró en sus preocupaciones contra la religion, tanto será mas irrecusable su testimonio, quando en los enciclopedistas, cuya irreligion protegió, manifiesta unos sábios vanos, tan enemigos de los tronos como de los altares.

En efecto, llegó el tiempo en que Federico advirtió, que sus queridos filosofos no le habian descubierto mas que la mitad del secreto, quando lo iniciaron en los misterios de su impiedad; que quando se valia de todo su poder para destrozr la religion de Jesu-Cristo, en nada pensaban tanto los sofistas como en derribarle á él, y á todos los demas reyes de sus tronos. Quando Federico advirtió esto, no representó el papel de iniciado arrepentido como el desgraciado Leroy; su alma estaba profundamente sumergida en el cieno de la impiedad: pero fué á lo menos un iniciado corrido y avergonzado al considerarse tan engañado. La indignacion y el despecho ocupa-

ron el lugar de la admiracion, se irritó, al ver, que por tanto tiempo, habia tenido por amigos á unos hombres que se habian valido de él para socabar los fundamentos de su propio poder, del qual era mas zeloso que qualquiera otro. Se hizo denunciador público de aquellos mismos enciclopedistas, que tanto debian de sus resultados á su proteccion. Avisó á los reyes de que el grande objeto de la secta era, entregarlos á la muchedumbre, enseñar á las naciones, que *los vasallos deben gozar del derecho de deponer sus monarcas, quando están mal contentos* (f). Avisó á los reyes de Francia de que la conspiracion se dirigia mas particularmente contra ellos. La denunciacion clara y formal estaba concebida en estos términos: " Los enciclopedistas reforman todos los gobiernos. La Francia (segun sus proyectos) se ha de volver estado *republicano* en donde un geómetra será el legislador, que lo gobernarán geómetras, sometiendo todas las operaciones de la *nueva republica* al cálculo infinitesimal. Esta *republica* conservará una paz constante, y se sostendrá sin ejército (g)."

Este modo irónico y satírico, con que se produce Federico, no debe causar admiracion. La reputacion de filósofos, ó de sábios aumentaba el influxo de los iniciados y les ayudaba á seducir al pueblo; y por esto Federico deseaba hacer despreciable la secta. Por este motivo ya no habla de estos pretendidos sábios sino como de unos seres llenos de amor propio y ridículos por su orgullo. Pero en qualquiera tono que hable, no por eso dexa de describir aquí las maquinaciones de la secta para avisar á las naciones y á los reyes. No con menos claridad dice: " Los enciclopedistas son una secta de los que á sí mismos se llaman filósofos, que se ha formado en nuestros dias, y piensan que son superiores á quantos ha producido la antigüedad en este género. A la *desvergüenza de los cínicos* añaden la impudencia de decir todas las paradoxas que les pasan por la cabeza.

(f) *Refutacion del sistema de la naturaleza por Federico Rey de Prusia.*

(g) Prem. Dial, des morts par le Roy de Prusse.

„ Son unos *presumidos*, que nunca reconocen su error. Según su principio, el sábio nunca se engaña; él solo es ilustrado; de él se debe derivar la luz que disipe las densas tinieblas en que está sepultado el vulgo imbecil y ciego. ¡También, sabe Dios como lo ilustran! Uno se ocupa en descubrir el origen de las preocupaciones; otro en componer un libro sobre el espíritu; este en idear á su modo el sistema de la naturaleza: pero esto nunca acaba. *Un hato de pícaros*, sea por inclinacion, sea por moda, se tienen por discípulos suyos; afectan copiarlos y se erigen en segundos maestros del género humano.”

Mientras Federico con estas pinceladas retrataba las pretensiones y el ridículo orgullo de los maestros y discípulos, habria querido que á unos y á otros los hubiesen enviado á la casa de locos para que fuesen legisladores de otros locos como ellos. En otra ocasion para manifestar la ignorancia de los sistemas políticos, y los desastrosos resultados que de ellos se seguirian, deseaba, „ que hubiesen entregado al gobierno de los sofistas una provincia que hubiese merecido castigo. Así despues de haberlo trastornado todo, aprenderian (dice Federico) por propia experiencia, que son unos grandísimos ignorantes; que es muy fácil criticar, pero muy difícil el ordenar; y sobre todo, que *el que habla de lo que no entiende, se expone á decir tonterias (h)*.” Ocasion hubo en que el mismo Federico, para defender su causa y la de todos los reyes, pensó que en lugar del despecho y del sarcasmo debia valerse del racionio. Entonces se le veía salir á la palestra é inclinarse en cierto modo hasta refutar las calumnias é impertinencias de sus maestros. De este modo se puso á refutar el sistema de la naturaleza, y aquella produccion, que la academia secreta de los conjurados habia publicado baxo el nombre de *Dumarsais*, y con el título de *Ensayos sobre las preocupaciones (essais sur les préjugés)*. Aquí aplicó toda su atencion en desenvolver el engaño de los sofistas, y manifiesta el arte pérfido con que los conjurados calumniaban á un

(h) *Alli mismo.*

mismo tiempo los sacerdotes y los monarcas para hacerlos igualmente odiosos á los pueblos. Aquí mismo, entre otras cosas, dixo: „ El autor del *Sistema de la naturaleza* ha tomado singularmente á su cuenta *declamar contra los reyes*. Aseguro que *nunca han dicho los eclesiásticos á los reyes las baxezas que les imputa*. Si alguna vez han calificado á los reyes de imágenes de la divinidad fué sin duda en un sentido hiperbólico, siendo su intencion avisarles con esta comparacion, de no abusar de su autoridad, ser justos y bienhechores, conforme á la idea de la divinidad que el vulgo de todas las naciones se forma. El autor se figura que se hacen tratados entre los reyes y eclesiásticos, por los cuales los príncipes prometen honrar y acreditar al clero, con la condicion, de que este predique á los pueblos la sumision; *me atrevo á asegurar que es esta una idea vacía; que ninguna cosa es mas falsa, ni mas ridiculamente imaginada, que es te que se llama pacto (i)*.”

Nadie piense, que quando Federico hablaba de este modo de los eclesiásticos, estimase mas su causa. No; pues se manifiesta tan dominado de sus preocupaciones anticristianas, que toda la reconvenccion, que sobre el particular hace á los sofistas, no es porque han atacado la religion, sino porque la han atacado mal. Tanto la aborrece aun, que les enseña las armas de que él habria querido que se hubiesen valido para combatirla. Pero quanto mas conserva su odio al cristianismo, tanto mas lo que ha dicho de los que le han inspirado aquel odio, en quanto á sus maquinaciones contra los reyes, se hace mas evidente. No solo permite que destruyan el altar, sino que coopera con ellos á que lo destruyan: pero sostiene el trono. Lo que manifiesta, que ha descubierto, y que está convencido, que de sus maquinaciones contra el altar, han pasado á conjurarse contra los tronos. Este es el objeto de sus refutaciones, y esto afea á todos los sofistas, quando hablando de Diderot dice: „ Los verdaderos sentimientos del autor *sobre los gobiernos* no se des-

(i) *Refutacion del sistema de la naturaleza.*

„ cubren hasta cerca del fin de su obra. Aquí dice, que los
 „ vasallos deben gozar del derecho de deponer á sus monarcas,
 „ luego que estos les desagraden. Para llevar las cosas á este
 „ extremo declama contra los grandes exércitos, que lo po-
 „ drian impedir. Parece que al leer esto, se lee la fábula
 „ de la Fontaine, *del lobo y del pastor*. Si en alguna ocasion
 „ se pudiesen realizar las ideas vacias de este filósofo, seria
 „ preciso refundir el gobierno en todos los estados de Europa,
 „ lo que parece seria una friolera. Seria tambien preciso, lo
 „ que me parece imposible, que *estos vasallos erigidos en jue-
 „ ces de sus Señores*, fuesen sábios, y equitativos; que los
 „ que aspiran al trono no tuviesen ambicion, y que la in-
 „ triga, la cábala, y el espíritu de independenciam no pudiesen
 „ sen prevalecer &c. (k).”

Nada hay tan bien aplicado, en estas observaciones, como la fábula del lobo y del pastor. Conoció Federico, que las declamaciones de estilo de la secta contra la vana gloria de las batallas, no se dirigian taato á inspirar á los reyes el amor á la paz, como á quitarles los medios de contener á los pueblos, que el filosofismo queria sublevar. No se paró en impugnar aquellas verdades comunes con que se atrincheraban los sofistas, como si fuesen ellos los solos hombres que sentian las desgracias que lleva consigo el azote de la guerra: pero habiéndose manifestado sus maquinaciones, aborreció de tal modo la secta, que aplicó toda su atencion en lo sucesivo para contener en sus estados á los filósofos, y hacerlos en las otras partes tan despreciables, como descubria que eran nocivos. Entonces compuso aquellos *diálogos de los muertos entre el príncipe Eugenio, Malbourough y el príncipe Lichtenstein*, en donde descubre, con toda particularidad, la ignorancia y desatinada pretension de los *enciclopedistas* en querer arreglar el mundo á su modo, y sobre todo sus proyectos, para abolir el gobierno monárquico, empezando por derribar el trono de los Borbones, para hacer de la Francia una república. Desde entonces Voltaire y d'Alembert ya solicitaron

(k) *Alli mismo.*

en vano su proteccion en favor de los iniciados. Federico les respondió seca y laconicamente, que los escritorillos de la secta solo podian buscar asilo en la república de Holanda, *en donde podrian ejercer su oficio con tantos otros que les parecian*. Las expresiones de su desprecio é indignacion fueron tales, que á d'Alembert le pareció que las debia moderar antes de comunicarlas á Voltaire (l).

Entonces conoció d'Alembert el gran yerro que habia cometido la filosofía confederando contra sí á los reyes y á los sacerdotes. Desde esta época Diderot y sus cooperadores en el *sistema de la naturaleza* no fueron mas que unos chapuceros, que echaron á perder el oficio. Desde este momento Federico dexó de ser el *Salomon del Norte*. D'Alembert ya no descubrió en el sino un hombre lleno de *humor*, y un enfermo, al que los filósofos podian decir, como Chatillon á Nerestan: *Señor, si es así, vuestro favor es vano. A mas de que* (añadió d'Alembert) *puede ser que Mr. Dehisle* (iniciado recomendados y mal acogido de Federico) *no habria sido feliz con el empleo, que le queriamos proporcionar* (cerca del Rey de Prusia). *Sabeis tan bien como yo, con que maestro las habia de haber* (m). Voltaire, que habia perdido el crédito, se consoló en esta desgracia, escribiendo á d'Alembert: *¿Qué quereis, querido amigo? Es preciso tomar los reyes, quales son, y á Dios tambien* (n). Se debe observar que ni d'Alembert, ni Voltaire se empeñaron en disuadir á Federico del proyecto y maquinacion, que este atribuía á su escuela. Les pareció que era prudencia guardar silencio sobre la conspiracion. En efecto, así se debian portar unos hombres, que sabian muy bien, que una explicacion ulterior podia empeñar á Federico á producir nuevas pruebas, y á manifestar con mas claridad intenciones y maquinaciones, de que aun no se podian gloriarse.

Por muchas que sean las pruebas, que ya he dado de

(l) *Carta de d'Alembert á Voltaire del 27 Diciembre 1778.*

(m) *Alli mismo, y en la carta del 24 Enero de 1778.*

(n) *Carta del 4 Enero de 1778.*

estas maquinaciones que se tramaron contra los reyes; cualquiera que sea la evidencia que ya resulta de todos los deseos y confidencias secretas de d'Alembert y de Voltaire; cualquiera sea el conjunto de sistemas, que adoptó la secta, unos entregando al pueblo todo el cetro de los reyes, para hacer de los monarcas unos verdaderos esclavos de la muchedumbre; otros borrando de la lista de todo gobierno hasta el nombre de rey: por innegable que sea el objeto de tantas producciones filosóficas, que todas, ó casi todas salieron de la academia secreta de los sofistas, (o) y que todas respiran el ódio á los reyes y el juramento de derribar tanto los tronos como los altares: cualquiera que sea la fuerza, que da á nuestras demostraciones la declaracion de los cómplices avergonzados, y de los cómplices que blasonaron de sus resultados; por auténtico que sea el testimonio de los tribunales públicos, que denunciaron á todo el universo las mismas

(o) *Despues de los pormenores que he dado, en el primer tomo, de la caverna en que se reunian los conjurados, sobre la declaracion del iniciado Leroy, no me parece haya necesidad aquí de nuevas pruebas sobre este particular, pues ninguna objecion se me ha hecho contra las que allí presento. No obstante, añadiré aquí, que despues de la impresion del primer tomo, he tratado con diversas personas, que sin estar instruidas de los pormenores, que he dado sobre la sociedad de Holbach, tenian noticia de su principal objeto, y sabian que allí con mas particularidad, se tramaba la doble conspiracion. Sobre todo he visto á un caballero inglés á quien, en el principio de la revolucion, habia asegurado el académico Dufaux, que del palacio y junta de Holbach habian salido aquellos diferentes escritos que han causado una alteracion tan grande en el espíritu del pueblo, tanto por lo relativo á religion, como á monarquía. Este testimonio de Dufaux, sugeto entonces tan intimamente enlazado con los sofistas, y que en el dia tiene asiento entre los legisladores de la revolucion; este testimonio, repito, vale tanto como el del iniciado arrepentido, y el del iniciado jactancioso.*

maquinaciones de los sofistas contra todos los monarcas; y en fin, por gravosas que sean á los autores de estas maquinaciones la indignacion, el despecho y denuncias del iniciado rey, precisado á manifestarnos y á combatir á los maestros de su impiedad por su traicion y conspiracion contra el suyo y los demas tronos; aunque todo esto sea así, no es mas que el principio de las pruebas que algun dia podrá sacar el historiador de estas Memorias. Nos quedan aun que descubrir muchos grados, y cada uno de estos aumentará la demostracion,

CAPÍTULO VI.

Grado quinto de la conspiracion contra los reyes.

Ensayo democrático en Ginebra.

Mientras que Federico denunciaba á la Europa, como enemiga de todas las potencias, aquella misma secta de impiedad, que hasta entonces habia protegido con tanto tesón, es muy cierto que no habia descubierto todos los enredos y extension de la trama, que estaba urdiendo. Dirigia principalmente á Voltaire sus quejas sobre la temeridad de aquellos filósofos, contra los cuales se veía precisado á defender el trono: (a) pero al mismo tiempo Voltaire y los iniciados de la *Enciclopedia*, principalmente los que se daban el tratamiento de *economistas*, estaban del todo ocupados en el primer ensayo, que hacia la secta de sus sistemas.

Gobierno de Ginebra antes de la revolucion del año 1770.

Ginebra, aquella ciudad en donde, según blasonaban los sectarios, ya no habia sino algunos ruines que creyesen en el cristianismo, (b) fué la ciudad que escogieron para este primer ensayo. La democracia, que Calvino habia establecido

(a) Véase la carta á Voltaire del 7. Julio de 1770. y la correspondencia de Voltaire y d'Alembert, del mismo año.

(b) Véase el tomo I. de estas Memorias, cap. 3.